

El camino del tigre

Historia escrita por Robyn Jensen

El zodiaco chino consiste en un ciclo repetitivo de doce años. Cada año se representa con un animal cuyas cualidades que se dice que reflejan las cualidades de las personas nacidas durante ese año.

En 2022, según el calendario lunar, el Año Nuevo Chino se celebra el martes 1 de febrero, marcando el tercer año del zodiaco chino, llamado Año del Tigre.

En China, el tigre es venerado como el rey de todas las bestias, valorado por su fuerza, valentía, poder y bravura. Del igual modo, se dice que los nacidos en el Año del Tigre son valientes, audaces y seguros, y también están dotados de fortaleza, liderazgo, amabilidad y encanto.

El joven tomó dos grandes baldes de un gancho cerca de la puerta y se apresuró por agua hacia las orillas del pueblo. Sus músculos se tensaban bajo el peso de las cubetas que se le había encomendado llevar a los soldados del rey que jugaban a los dados en el calor de la tarde.

En su camino, pasó a un segundo grupo de soldados que incautaban la cosecha de los lugareños como impuestos para el rey. Le dolía ver a los campesinos tener que mendigar algo de arroz para alimentar a sus familias. Pero no habría compasión. El rey que gravaba esos impuestos era un tirano, dejando a su gente casi en la inanición. Bajo su reinado, este pueblo alguna vez próspero había tenido tiempos difíciles, y el glorioso tigre plasmado en la bandera del pueblo — un símbolo del espíritu de la gente que había inspirado valentía — ahora invocaba el miedo.

Con su corazón en llamas, el joven prometió que pondría fin al sufrimiento de su familia y vecinos. ¡Si tan solo pudiera subir a la cima de la montaña del Tigre! El solsticio había llegado: ¡esta noche sería su oportunidad!

Durante toda su vida, su abuela le había susurrado la leyenda del tigre: cómo cada doce años, en la víspera del solsticio de verano, los jóvenes del pueblo escalaban la montaña sagrada en busca del gran tigre blanco. Quien encontrara al tigre y regresara bendecido con una prueba del fiero animal —un diente, un bigote, incluso un rasguño— podría reclamar el mandato real y gobernar el pueblo “con el consentimiento del tigre”. Su abuela le había dicho que los líderes del pasado invocaban a la magnífica creatura y solicitaban las extraordinarias virtudes del tigre: benevolencia, valentía y fortaleza para guiar su reinado.

La noche de hoy, el joven apostaría su vida por esta leyenda. Aunque ya no existía ni una sola alma viviente que hubiera visto al animal divino, los ancianos del pueblo —incluyendo a la abuela del joven— confiaban plenamente en la vigilante protección de su gente por parte del tigre. *Debo encontrar al tigre, se dijo a sí mismo, o todos moriremos.*

Decidido a triunfar, se escabulló durante el cambio de guardia, ya que por decreto real ahora estaba prohibido escalar la montaña del Tigre. Corrió hacia la pequeña choza con techo de paja donde vivía con su abuela para tomar un cuchillo y una antorcha, y para recibir sus bendiciones.

Luego de compartir con ella su plan, ambos permanecieron en silencio durante un momento; la gravedad de su decisión pendía sobre ellos.

La bondadosa anciana tomó el rostro del joven entre sus manos y, hablando firmemente, dijo: “Mi niño, ahora es el momento de grandes actos de valor”. Con una sonrisa radiante le dijo: “Recuerda, un verdadero héroe nace en el corazón. ¡Sé valiente!”. Lo abrazó y dijo: “¡Que seas bendecido con la visión del tigre!”. Luego observó con orgullo a su nieto que, portando su antorcha encendida, desaparecía en el bosque.

Fue una jornada ardua. Al principio, su ascenso a la montaña fue impulsado por la ira y la indignación por la crueldad de los soldados y su rey. Se movía de manera errática entre la maleza, cortando enredaderas con su cuchillo, abriendo por la fuerza un camino, como si cada golpe pudiera de alguna manera corregir

los terribles agravios que él y los otros lugareños habían sido obligados a soportar.

El joven no escuchaba los lamentos del viento ni de los árboles, ni el apuro con el que los pequeños animales se deslizaban por el bosque mientras huían de su iracunda embestida.

Cuando finalmente se detuvo, su rabia y energía ya mermadas, vio con remordimiento las colgantes ramas rotas y el sendero irregular que por la fuerza había abierto en el bosque. *He dañado a tantas plantas en mi ira, pensó. ¿Y qué logré con ello? ¡Esta no es la manera de seguir adelante!*

En una apología a la tierra, se arrodilló e hizo de su cuchillo una ofrenda, dejándolo en el suelo del bosque. *Permíteme ver correctamente... con verdadera benevolencia, oró.*

Ahora, el joven veía con cuidado lo que estaba frente a él, buscando huecos entre las plantas, una manera natural para subir la montaña.

Luego de un tiempo, sintió que pisaba en algo suave. Manteniendo la menguante luz de su antorcha en alto, se agachó y miró al suelo justo frente a él. Un golpe de alarma lo atravesó ya que ahí, en el musgo esponjoso, había una gran huella de zarpa. ¿Podría ser el tigre? Justo en ese momento se apagó su antorcha, hundiéndolo en la oscuridad. Un temor frío sacudió su cuerpo.

La cacofonía de los ruidos del bosque creció insoportablemente alto, y sus pensamientos se salieron de control: *¿Qué haré si encuentro al tigre? No tengo cuchillo ni luz ni protección. ¿Qué si el tigre me aplasta?* Cada sonido y crujido parecía el presagio de alguna fatalidad. Apenas si podía respirar. En pánico, miró hacia arriba. Vio un pequeño destello de la luz de luna y escuchó la voz de su abuela animándolo: “Un verdadero héroe nace en el corazón. Sé valiente”.

Guiado por las palabras de su abuela, el joven se obligó a seguir montaña arriba. *Permíteme escuchar correctamente y encontrar valor, oró.* Las horas pasaron, y los sonidos de las hojas que lo rozaban empezaron a repetir el consejo de su abuela.

Sé valiente, murmuraban. *Estamos contigo*. Su respiración se atenuó. Su corazón se calmó. Empezó a escuchar a la jungla no como un obstáculo sino como una aliada, una amiga. Ganaba seguridad con cada paso, y su determinación de encontrar al tigre aumentaba.

Retomó su ritmo, y una sensación de regocijo fluyó a través de él mientras más rápido subía. Se empezó a sentir muy audaz. *Realmente estoy haciendo esto*, pensó, *¡En verdad soy un héroe! Cómo me alabarán cuando regrese. Seré honrado. ¡Incluso podría ser rey!* Sin parar, su mente galopaba con las posibilidades de obtener gloria. Complacido consigo mismo, empezó a reír en voz alta. Tan distraído estaba por los pensamientos de alabanza futura, que se tropezó con un leño que había en el camino y cayó boca abajo.

Entonces escuchó un poderoso rugido, tan alto que traspasó su altanera ensoñación, un rugido como un trueno que vibraba dentro de sus propios huesos y lo volvió al momento presente. El joven no podía ver nada, pero sabía que el tigre estaba cerca. Buscó refugio en la protección del tigre y dijo una plegaria con todo su corazón: *Permíteme adorar correctamente con la fuerza de la verdadera humildad*.

Se puso de pie y avanzó con cuidado, su respiración cadenciosa, su enfoque firme en la meta. Ya estaba cerca de la cima, y cada movimiento contaba. Con un paso final, cruzó a través de los oscuros árboles hacia un vasto espacio abierto. Rayos de luna fluían desde el despejado domo del firmamento, iluminando todo.

Mirando a su alrededor, en total asombro, vio en la luminosidad que este espacio estaba rodeado de árboles y que en cada rama, cada hoja, alta o baja, había creaturas de todo tamaño, forma y color que estaban encaramadas, colgadas o acostadas. Todas las creaturas del bosque se habían reunido en silencio. Lo enfrentaron con inocente vigilancia.

Y ahí, en medio del claro, estaba sentado, sereno y majestuoso, el gran tigre blanco, una visión de plena magnificencia, poder inmenso y quietud. Su pelaje

brillaba como alabastro bajo la luz de la luna. Sus ojos candentes atravesaron al joven hasta su misma esencia.

Esta mirada del tigre no se parecía a nada que hubiera experimentado antes. Toda su debilidad se disolvió; toda duda desapareció. Un gran sentimiento de paz fluyó a través de él. Se sintió expandido por la valentía y la fe, fe en él mismo y en lo que él era en el centro de su ser.

Instintivamente, llevó su mano hacia el corazón. Cerró los ojos e inclinó la cabeza en reverencia y gratitud. El joven permaneció así durante mucho tiempo, viendo al tigre en el ojo de su mente, imbuyéndose de su presencia, y sintiendo que las cualidades del tigre — su benevolencia, valentía y fuerza — se encendían dentro de él.

Cuando levantó la vista, el tigre se había ido. Miró alrededor y vio que estaba solo en el claro. ¿Había soñado esta visión? ¿Había parecido tan real! El sentimiento en su corazón seguía ahí, y eso *era* real. Estaba lleno de alegría y de un nuevo sentido de propósito. Sin duda, ahora podría ser capaz de salvar su pueblo.

Pero, ¡un momento! Pensó: no tengo bigotes, ni un diente, ni ninguna marca del tigre en mí.

Y, sin embargo, ¿no había sido bendecido con una visita del tigre sagrado? ¿No se habían hablado de corazón a corazón en el gran silencio?

Él sabía lo que debía hacer...

Abajo en la plaza del pueblo, el viejo rey estaba sentado en un trono dorado elevado por sobre la multitud, basando su poder en los soldados que le rodeaban, sus espadas apuntando hacia los lugareños desarmados. Con una sonrisa burlona, el rey dijo: “¿Hay alguien aquí que se atreva a retarme en este día de solsticio?”. La multitud permaneció en un silencio incómodo. “¡Eso pensé!”, dijo el rey.

“¡Espera!”, dijo una voz desde atrás de la multitud. “¡Yo he visto al tigre!”. He escalado la montaña y he visto quién mora ahí. ¡Yo reclamo el mandato del tigre!”.

Los lugareños respiraron con dificultad, y todos voltearon a ver quién había hablado.

El joven avanzó, sus ojos brillando con un poder y una autoridad recién descubiertas.

Al ver al joven, la sonrisa del rey se convirtió en mueca. “¡Ja!”, dijo. “¡Eres solo un niño!” Y no veo ninguna marca en ti. Muéstranos la señal, ¿o no tienes prueba alguna?

Recordando la visión del tigre en su interior, el joven caminó hacia el frente de la multitud. Mirando al rey, dijo: “El tigre y yo somos uno. Lo he visto”.

Temeroso ahora y estremecido por algo en los ojos del joven, el viejo rey se puso de pie de un salto y gritó: “Llévense a este impostor. ¡Ha subido en la montaña!”.

Los soldados avanzaron con sus lanzas, pero el tigre fue más rápido, más rápido incluso que la velocidad del relámpago. El gran tigre blanco —la legendaria creatura de la montaña del Tigre— saltó entre los soldados y el joven, deslizó sus garras afiladas hacia el rey y soltó un rugido tan fuerte que reverberó por toda la campiña. Los soldados, temblando de terror, soltaron sus armas y huyeron del pueblo. Y el viejo rey, encogido de miedo ahora detrás del trono, escapó y nunca más se le volvió a ver.

Los habitantes del pueblo observaron con asombro y alegría mientras el joven a quien conocían y amaban ascendía al trono. El noble tigre reposaba a sus pies y ofreció al joven rey uno de sus largos bigotes. Y entonces, tan rápido como había llegado, el gran tigre blanco desapareció en la jungla a la orilla del pueblo.

Un espontáneo grito de júbilo surgió del corazón de los pobladores. El joven rey indicó que el almacén real de granos y hierbas curativas fuera abierto y su contenido distribuido a todos, jóvenes y viejos. Luego, con una voz clara y resonante, proclamó: “¡El camino del tigre ha vuelto!”.

